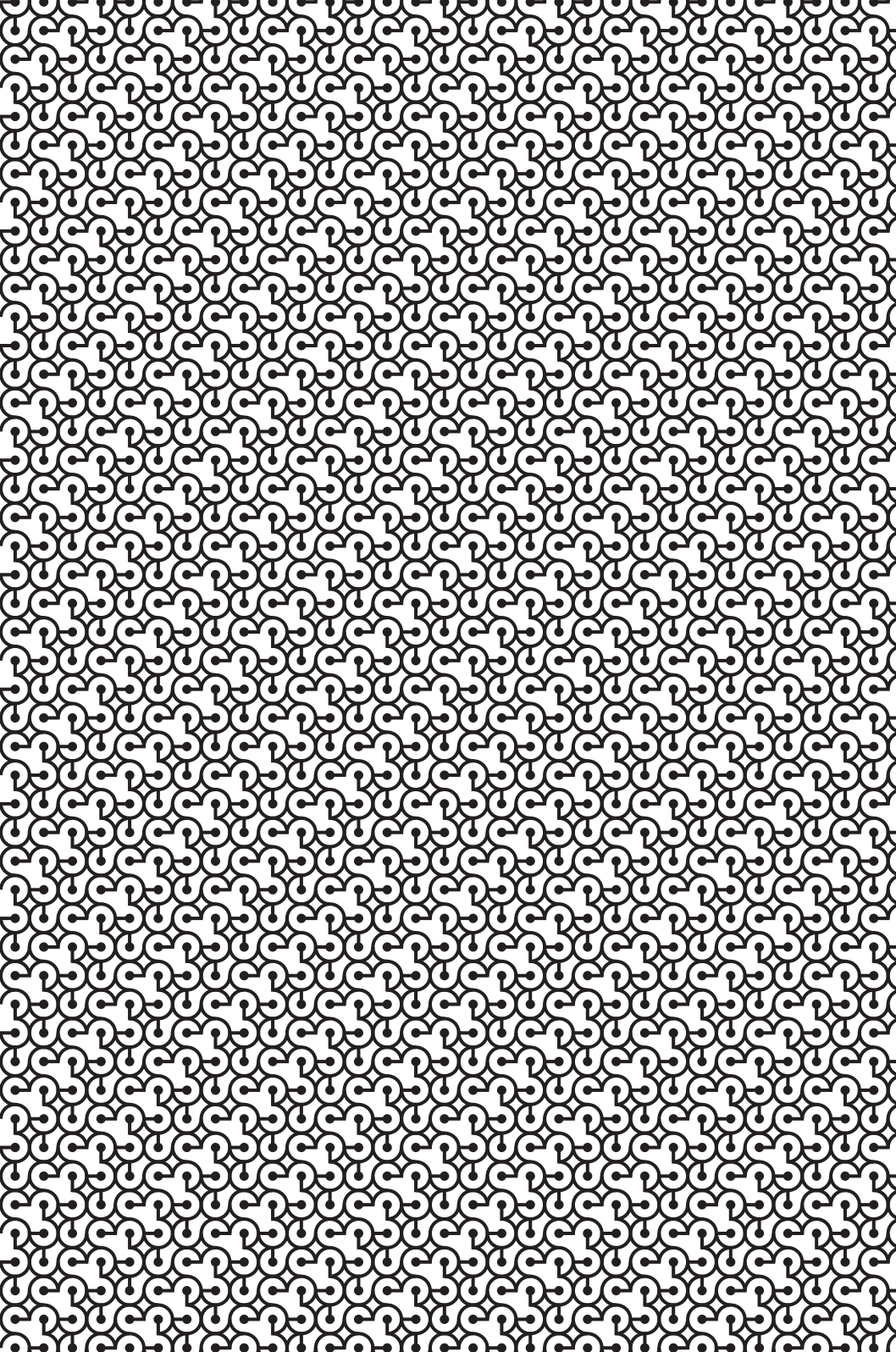

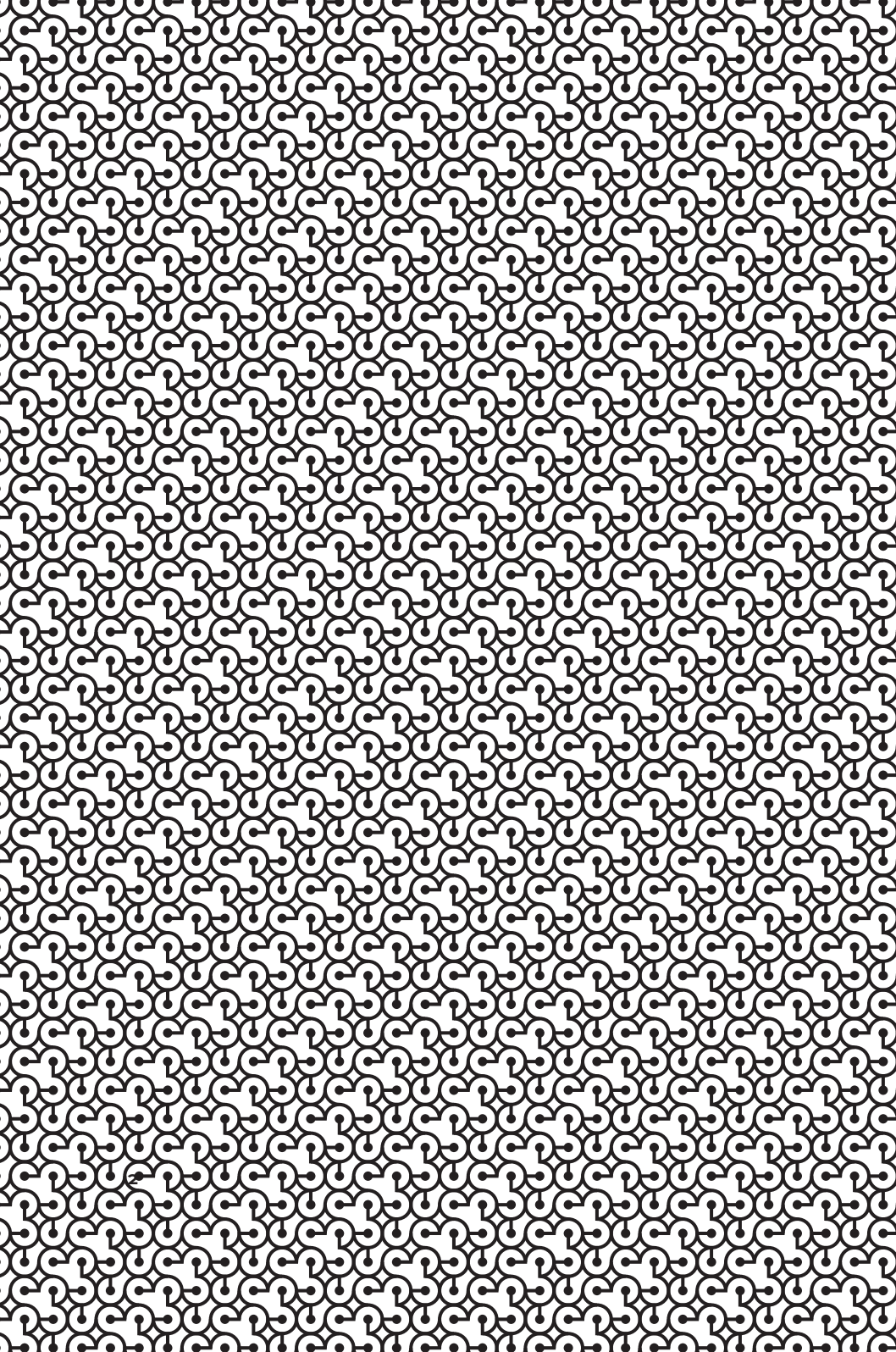

La insumisa

Cristina Peri Rossi

La insumisa

menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2020
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2020

ISBN: 978-84-15740-63-6
Dep. Legal: P-76/2020

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: © Rosa Marqueta
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: Menoscuarto Ediciones
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRIMER AMOR

La primera vez que me declaré a mi madre, tenía tres años, (según los biólogos, los primeros años de nuestra vida son los más inteligentes. El resto es cultura, información, adiestramiento). Yo tenía propósitos serios: pretendía casarme con ella. El matrimonio de mi madre (del cual fui un fruto temprano) había sido un fracaso, y ella estaba triste y angustiada. Los animales domésticos comprenden instintivamente las emociones y los sentimientos de los seres y procuran acompañarlos, consolarlos: yo era un animal doméstico de tres años.

El escaso tiempo que mi padre estaba en casa (aparecer y desaparecer sin aviso era una forma de poder) discutían, se hacían mutuos reproches y por el aire —como una nube negra, de tormenta— planeaba una oscura amenaza. En cambio, mi madre y yo éramos una pareja perfecta. Teníamos los mismos gustos (la música clásica, los cuentos tradicionales, la poesía y la ciencia), compartíamos los juegos, las emociones, las alegrías y los temores. ¿Qué más podría pedirse a una pareja? No éramos, por lo

demás, completamente iguales. A los tres años yo tenía un agudo instinto de aventura, del que mi madre carecía (o el matrimonio lo había anulado), y un amor por la fauna y la flora que a mi madre le parecía un poco vulgar. Aun así, me permitió criar un zorro, un malhumorado avestruz y varios conejos.

Pero a diferencia de mis progenitores, mi madre y yo, siempre que surgía un conflicto, sabíamos negociar. Cuando me encapriché con un bebé de elefante, en el zoo, y manifesté que no estaba dispuesta a regresar a casa sin él, mi madre me ofreció, a cambio, un pequeño ternero, que pude criar en el jardín trasero. (Sospecho que mi padre se lo comió. Un día, cuando me desperté, el ternerito ya no estaba pastando en el césped. Mi padre, ese día, hizo asado.)

Mi madre escuchó muy atentamente mi proposición. (Siempre me escuchaba muy atentamente, como debe hacerse con los niños.) Creo que se sintió halagada. El desgraciado matrimonio con mi padre la hacía sentirse muy desdichada, y necesitaba ser amada tiernamente, respetada, admirada; comprendió que todos esos sentimientos (más un fuerte deseo de reparación) yo se los ofrecía de manera generosa y desprendida, como una trovadora medieval.

Después de haber escuchado atentamente mi proposición, mi madre me dijo que ella también me quería mucho, que era la única alegría de su vida, más bien triste, y que agradecía mi afecto, mi comprensión y todo el amor que yo le proporcionaba. Me parecieron unas palabras muy justas, una adecuada descripción de nuestra relación. Aho-

ra bien —me explicó mi madre—: nuestro matrimonio no podía celebrarse, por el momento, dado que yo todavía era muy pequeña. Era una razón que yo podía comprender. Mi madre era una mujer bellísima (tenía unos enormes ojos «color del tiempo». La descripción la encontré, años después, en una novela de Pierre Loti), inteligente, culta, aunque frágil y asustada. Yo estaba dispuesta a protegerla (algo que mi padre no había hecho), aunque yo misma estuviera asustada muchas veces: el amor es generoso. También estaba dispuesta a esperar todo el tiempo que hiciera falta para casarnos.

Siempre le agradeceré a mi madre que me hubiera dado esa respuesta. No desestimó mi proposición, no me decepcionó, sino que estableció un motivo razonable y justo para posponer nuestra boda. Además, me estimuló a crecer. Desde ese día, intenté comer más (era bastante inapetente), acepté las vitaminas y el horroroso aceite de hígado de bacalao, con la esperanza de acelerar mi crecimiento, y alcanzar, por fin, el tamaño y la edad suficientes como para casarme con ella.

Por entonces, los parientes, los vecinos y todos esos adultos tontos y fracasados tenían la fea costumbre de preguntar a los niños qué harían cuando fueran mayores. Yo, con absoluta convicción y seguridad, respondía: «Me casaré con mi madre». Imaginaba un futuro celestial, lleno de paz y de armonía, de lecturas fabulosas, paseos apasionantes, veladas de ópera (mi madre tenía una maravillosa voz de soprano), ternura, complicidad y felicidad. ¿Qué más podía pedir una pareja?

Mientras crecía (más lentamente de lo que yo hubiera deseado) renovaba, cada tanto, la promesa de matrimonio que le había hecho a mi madre. No sabía aún que los trovadores tenían una sola dama (lejana), pero intuía que debía ser así. Un amor eterno, delicado, fiel y cortés.

Cuando cumplí los cuatro años de edad, mi madre comenzó a preguntarme, con cierta reiteración, si me gustaría tener una hermana. Confieso que no había experimentado esa clase de necesidad. Me gustaba muchísimo jugar con los animales que conseguía arrastrar hasta el jardín trasero, me gustaba explorar la tierra, como una arqueóloga, me seducía clasificar objetos olvidados del altillo y me fascinaba hojear los libros de la biblioteca, pero todas eran ocupaciones solitarias, que no compartía más que con mi madre. Cuando le pregunté qué era una hermana, ella me contestó que se trataba de una niña igual que yo. Reflexioné sobre el asunto, y aunque tenía ciertas dudas, contesté que quizás podía probar. No afirmé nada. No tenía la menor idea de cómo se hacían los hermanos y las hermanas, ni si eran provisorios o estables, pero con un pragmatismo nada habitual en mí, deduje que si la supuesta hermana tenía mi capacidad de trabajo y mi curiosidad (mi madre había dicho que sería igual a mí) podríamos, en poco tiempo, terminar de excavar el jardín trasero, donde ya había logrado desenterrar varias piezas inestimables: un viejo trabuco de la Conquista española, con mango tallado, y una espada de dos filos que algún soldado italiano del ejército de Garibaldi había perdido por allí.

Entonces mi madre decidió enviarme al campo. No lo decidió sin consultarme (éramos una verdadera pareja): me

lo propuso, por consejo del médico, después de una grave enfermedad pulmonar.

Aunque no tenía ganas de separarme de ella, el viaje me seducía. En primer lugar, dispondría de una vieja estación de trenes (inglesa), toda para mí. Mi tío abuelo era ferroviario, dirigía una antigua estación de trenes llena de aparatos maravillosos. Podría usar el telégrafo, dar entrada y salida a los trenes con un silbato, grave y hondo, como la sirena de un barco, podría cambiar las vías (con una máquina pesada provista de una gruesa cadena de hierro), podría expender los billetes que se distinguían por sus brillantes colores y ayudaría a embarcar a las ovejas y a los corderos en los enormes vagones de carga. Además, el campo estaba lleno de animales que me interesaba investigar, y si era posible, adoptar; eran animales que no existían en la ciudad: avestruces que ponían enormes huevos moteados, grandes y somnolientos lagartos que se confundían con el polvo del camino, bandadas de ávidas langostas que nublaban el cielo, zorros rojos, dispuestos, siempre, a robar polluelos, mariposas de espléndidos dibujos de colores, arañas peludas de vientre rosado, sapos, ranas e inquietas y vivaces nutrias que nadaban y jugaban en el agua de los ríos.

De manera que abandoné a mi madre, por unos meses, y me fui a gozar del campo y de la vieja estación de trenes de los ingleses.

Cuando regresé, varios meses después (el campo había resultado mucho más apasionante que la ciudad), mi madre me recibió con la noticia de que, ahora, tenía una

hermanita. No me sorprendió: ya habíamos hablado de ello. De la mano, mi madre me condujo hasta el dormitorio, donde ahora había una cuna, y me presentó a la recién llegada.

Miré, con curiosidad, hacia el interior de la cuna. Observé atentamente. No tenía prejuicios, pero tampoco estaba dispuesta a entusiasmarme por algo que no valiera la pena. La beba balbuceó algunos sonidos ininteligibles. Era lo peor que podía hacer para alguien que amaba el lenguaje como yo. Elevé la cabeza significativamente hacia mi madre, y le pregunté (o casi afirmé):

—¿No habla?

—No —respondió mi madre.

Continué la observación. La beba estaba en posición horizontal, en la cuna, y sus piernas eran cortas y muy delgadas: con esas piernas, difícilmente podría correr a mi lado.

—¿No camina? —volví a preguntar.

—No —respondió mi madre.

La cosa parecía bastante desalentadora. Eché una última mirada hacia ese bulto informe en la cuna, y con una voz ya desesperanzada, hice la última pregunta:

—¿No sabe jugar?

Mi madre, que había aceptado con paciencia mi minuciosa observación, contestó:

—No, no sabe jugar. Es muy pequeña todavía.

—Entonces, no me interesa —concluí, sin piedad, y me fui a realizar las numerosas tareas que me esperaban en el jardín y en la vida.

El tema hermana quedó zanjado para mí. Contemplaba con cierto desprecio y condescendencia las múltiples y a veces desagradables tareas que exigía su crianza: el cambio de pañales, el lavado de las partes íntimas, la preparación de los biberones. Eran cosas superadas, para mí, y de dudosa utilidad: el tiempo pasaba (demasiado lentamente para mi obsesivo deseo de casarme con mi madre), y el pequeño renacuajo continuaba meándose en la cuna, no hablaba y no sabía jugar. Algo muy lento, y yo necesitaba todas mis energías y mi tiempo para investigar el mundo, ser una trovadora atenta del amor y proteger a mi madre.

A fines de ese año, mi madre me comunicó que debía mandarme a la escuela. El proyecto no me entusiasmó demasiado. Todo lo que quería aprender me lo enseñaba ella, o yo lo averiguaba en mis incesantes exploraciones. Ella me había enseñado a leer, y por lo que sabía, me quedaban muchísimos libros por leer todavía. Eso prometía una hermosa tarea conjunta, entre ella y yo, tan larga, por lo menos, como nuestro amor. Jamás tendríamos un matrimonio aburrido.

Mi madre me dijo que comprendía mi falta de interés por ir a la escuela, pero —agregó— las leyes del país lo exigían. Yo no quería que infringiera la ley por mi culpa. De modo que debía aceptar, con resignación, esta nueva etapa de mi vida. Si era suficientemente grande para ir a la escuela —razoné—, ya podría cumplir el sueño de mi vida: casarme con ella. Así que aproveché la ocasión para hablar de nuestro matrimonio. Me pareció una buena ocasión, porque en las frecuentes y violentas disputas de mis padres, la palabra

divorcio aparecía constantemente. Si ellos se divorciaban, como proyectaban, nosotras dos nos casaríamos.

Esta vez, mi madre decidió darme otra respuesta. Admitió que nos queríamos, que teníamos una excelente relación, una reconfortante complicidad, pero había un obstáculo. Pensé en mi hermana. Aunque me resultaba completamente indiferente, era un hecho que mi madre y yo la habíamos adoptado. La llevábamos a nuestros paseos, leíamos en alta voz ante su cuna y yo le regalaba mis juguetes viejos, a pesar de que siempre los rompía. Es más, cuando salíamos las tres a pasear por la ciudad, parecíamos una verdadera pareja: mi madre y yo, casadas, la beba, el fruto de nuestro matrimonio. El problema era de tipo legal, me explicó mi madre. Del mismo modo que la ley exigía que yo fuera a la escuela, contra mi voluntad, la ley prohibía que una hija se casara con su madre. A la desesperada, pregunté:

—¿Y una madre con su hija?

Tampoco. En esto, la ley era inflexible.

Escuché muy atentamente la explicación. No era una niña atolondrada: frente a cualquier problema, examinaba muy cuidadosamente los factores en juego, las causas, las posibles soluciones, y luego de ese examen, apelaba a la imaginación.

—¿Cómo se cambian las leyes? —le pregunté a mi madre, a continuación.

—Es un proceso muy largo, muy lento y complicado —respondió mi madre—. Primero, hay que elaborar un proyecto —me dijo—. Luego, conseguir muchas firmas de apoyo, para presentarlo al Parlamento. Y allí, después de

años y años, quizás se considera. Si se considera, hay varias posibilidades. Una, es que no obtenga los votos suficientes de los diputados, por lo cual el proyecto es desestimado. Si consigue la mayoría de la Cámara de Diputados —me explicó mi madre—, pasa al Senado. El Senado se reúne pocas veces, y es enemigo de los cambios, porque sus miembros son gente de edad avanzada. Hay que esperar a que el Senado incluya el proyecto de ley en el Orden del Día. Una vez incluido, el Senado estudia la moción y, si la aprueba (puede no aprobarla, con lo cual la moción también queda desestimada), la remite al Poder Ejecutivo. El Poder Ejecutivo, aun sabiendo que el proyecto de ley fue aprobado por ambas Cámaras, tiene el derecho de veto, y puede suspender eternamente la promulgación de la ley, con lo cual todo lo anterior no sirve para nada.

He ahí como mi madre me instruyó sabiamente en el funcionamiento de la democracia, sin necesidad de ir a la escuela.

Me pareció un procedimiento demasiado lento, largo e imprevisible para la ansiedad que yo tenía de casarme con mi madre. De modo que, expeditiva, le pregunté:

—¿No hay otra manera de cambiar las leyes?

Me respondió que sí, que había otra manera, que se llamaba la Revolución. Yo había escuchado esa palabra en varias ocasiones, cuando mi madre me había leído algunos capítulos de la Revolución francesa. Esos capítulos me habían apasionado, me habían convertido en una verdadera republicana, que detestaba a la nobleza frívola, vanidosa y egoísta. Pero, por otro lado, la Revolución francesa te-

nía algunos aspectos oscuros y sangrientos que me habían horrorizado.

No le pregunté cómo se hacían las revoluciones: me había dado cuenta de que era algo que necesitaba el sacrificio de mucha gente, era difícil de conquistar, estaba lleno de contradicciones y no siempre terminaba bien.

La ley, pues, impedía nuestro matrimonio. Lo acepté con entereza, pero secretamente dispuesta a realizar todos los esfuerzos para cambiarla, dado que la ley vedaba el cumplimiento de los deseos de las personas.

Recuerdo que esa tarde (la de la revelación de la ley como obstáculo del deseo) no me dediqué frenéticamente a excavar la tierra, ni a clasificar insectos y plantas, como solía hacer. Me dediqué a reflexionar muy concentradamente en este nuevo conocimiento acerca de la vida, que mi madre me había aportado: los deseos —aun aquellos que nos parecen los más justos y nobles— pueden chocar con la ley, y esta es muy difícil de cambiar.

Este conocimiento, adquirido a edad temprana, fue una de las revelaciones más decisivas de mi infancia, y sus consecuencias duraron toda la vida.

Ahora sabía que no podía casarme con mi madre, aunque creciera, porque había un obstáculo invencible. Tuve que organizar mi vida, a partir de esa desilusión, aunque decidí no olvidar el asunto: algo de esta cuenta entre el deseo y la ley quedaba pendiente, y yo no olvidaba las cuentas.

Si no podía casarme con mi madre, como era mi deseo más íntimo, no estaba dispuesta a casarme con nadie

en este mundo. Era una jovencita insobornable. Y muy fiel a mis deseos.

Muchos años después, reflexionando sobre este episodio de mi vida, le agradecí mucho a mi madre que no me explicara entonces, cuando tenía tan pocos años, que no podíamos casarnos porque ambas éramos del mismo sexo. No lo hizo porque para mi madre el sexo era algo irrelevante, cuando no desagradable. (Hay que tener piedad y conmiseración por la vida sexual de nuestras madres.) Aunque yo no puedo decir lo mismo, me hizo crecer con la convicción de que, a los efectos del amor, el sexo de los que se aman no tiene ninguna importancia. Como no la tienen el color de la piel, la edad, la escala social o la geografía.

De modo que seguí amando a mi madre, aunque abandoné el proyecto de casarme con ella. También descubrí que podía continuar amándola y amar a otras personas, al mismo tiempo. Ella no siempre lo entendía bien. A veces, cuando la visitaba (ya había enviudado y mi hermana se había casado), insistía en el viejo proyecto de vivir juntas. Yo me defendía diciéndole que estaba enamorada de otra persona.

Ella bajaba la cabeza, con cierta desilusión, y decía:

—Los enamoramientos son pasajeros.

Es completamente cierto. A lo largo de la vida, he tenido muchos amores intensos, apasionados. Después de un tiempo, cuando volvemos a vernos, no somos capaces de tomarnos un café. En cambio, cuando vuelvo a ver a mi madre, la alegría y la ternura son las mismas. Tomamos café, reímos, paseamos, leemos juntas y escuchamos

música. No solo he crecido lo suficiente como para alcanzarla, sino que, a veces, yo soy la madre y ella es la hija. Ha sido nuestra manera particular de cambiar la ley de los hombres.